



Guía de Trabajo N° 3 Lengua y Literatura

Profesora: Victoria Valenzuela

Curso: II MEDIO

Fecha: 06 /04/20

Nombre alumno(a) _____

Objetivos de aprendizaje: Planificar, escribir, revisar, reescribir y editar textos de los medios masivos de comunicación caracterizados por una organización y redacción propia a la información, adecuando el registro, vocabulario.

Correo para consultas: tareaslenguajemediabd@gmail.com

Indicaciones:

- Para quienes no tengan la posibilidad de imprimir esta guía, pueden copiar la actividad y realizarla en sus cuadernos.
- O si tienes la opción, puedes responderla en este mismo formato y enviarla al correo: tareaslenguajemediabd@gmail.com. Al enviar el mail, tanto **el asunto** como **el archivo** de la actividad debe decir: **TAREA 3 II MEDIO NOMBRE ALUMN@**, por ejemplo: TAREA 3 II MEDIO HUGO VASQUEZ.
- Recuerda que las tareas a distancia llevan nota, por lo tanto, hay una reorganización a las evaluaciones dadas los primeros días.
- Desarrollar las actividades que se presentan a continuación de manera individual.



Es preciso que recordemos que ya hemos trabajado algunos textos de los MMC como la noticia, la propaganda, la publicidad. Además, hemos evaluado cada texto sobre todo sus recursos lingüísticos y no lingüísticos. Ahora nos toca escribir textos que aparecen en los MMC. **¡A trabajar!**

Actividades



El objetivo de esta actividad es crear una revista literaria, para ello:

- Lee los 3 textos para poder realizar las siguientes actividades. Se agregan los links, pero en la guía también se adjuntan.
- Realiza un comentario crítico de cada obra leída.
- Crea una propaganda que promueva la lectura placentera.
- Crea un ranking personal con las 10 mejores novelas que recomendarías y por qué (en este incluye los 2 textos leídos).

Se agrega también un ejemplo de comentario crítico, para que te guíes, además de los indicadores que deberías leer para realizar bien este trabajo. **Quedaron varias hojas porque se adjuntan los textos, te advierto para que no te asuste la extensión de la guía. ¡A leer y escribir!**



Indicadores a trabajar en los textos:

Presenta una coherencia pertinente	Existe una cohesión pertinente	El registro es adecuado	Los argumentos son sólidos y un lenguaje cercano al lector.	Los argumentos demuestran una lectura y análisis profundo.
------------------------------------	--------------------------------	-------------------------	---	--

Coherencia: división de párrafos, conexión entre ellos. Selección y organización de la información.

Cohesión: repetición de palabras, uso de sinónimos, marcadores discursivos de opinión, vocabulario, conectores. Relación gramatical y semántica del texto.

Ejemplo de comentario crítico:

El Principito es uno de esos libros del cual todo el mundo habla y ha leído. Estas dos situaciones a mí me suelen generar agobio, es decir, en el momento muchas personas me hablan constantemente acerca de un libro instantáneamente hacen que lo aborrezca, y fue lo que me pasó con éste. Pero a favor de toda esa gente debo decir que ahora entiendo por qué hablaban tanto sobre él.

La idea que yo tenía sobre este libro es totalmente distinta a la que tengo ahora, y debo decir que ha mejorado.



En el momento vi que tenía 58 páginas no supe qué pensar. "¿Por qué tan corto?" pensé. Y ahora lo entiendo. Es uno de esos libros que no necesitan tener 500 páginas para agradar y emocionar al prójimo, sino que con unas simples y casi 60 páginas pueden generar en ti lo que muchos otros no logran. Yo siempre digo que soy una persona extremadamente sensible y llorona, y que me suelo emocionar frecuentemente, pero mi emoción con este libro ha sido distinta. Ha hecho que me plantee muchas cosas.

El Principito consta de unas reflexiones tan profundas que me ha sorprendido.

Por una parte, me ha encantado cómo el escritor ha hecho referencia a cómo los niños pueden tener una mente tan abierta y una extensa imaginación que son capaces de ver e imaginar lo que los adultos no pueden.

Uno de los encuentros del pequeño Principito que más me ha emocionado ha sido el zorro, ya que le enseña lo bonito y emocionante que es la existencia de un amigo en tu vida, pero también lo duro y costoso que puede llegar a ser.

Por otra parte, debo decir que una de las cosas que más bonitas que me ha parecido es cómo el Principito le explica a su compañero, el aviador, la manera en qué podrán "comunicarse" mutuamente cuando sus caminos se hayan separado finalmente: mirando las estrellas. Personalmente, mirar las estrellas es una de las cosas que más tranquilidad y claridad generan en mí, y una de las que más me hace pensar, por lo que el hecho de que ellos miren a las estrellas y escuchen sus risas, vean fuentes de agua y demás, me ha emocionado bastante.

Me veo en la obligación de decir que no considero este libro uno infantil, para nada. Como ya bien he dicho en una de mis anteriores publicaciones, considero que es para todas las edades debido a sus profundas reflexiones.

Una vez una amiga me dijo que "El Principito" era uno de esos libros que todo el mundo debía leer, y yo pensé: "Tampoco debe ser para tanto". Y de hecho, puede que muchos de vosotros, después de leerlo sigáis pensando que es una exageración, pero personalmente me parece un libro dichoso y merecedor de ser leído por cuanta más gente mejor, aunque el número de personas que aprueben algo no determina cuán bueno sea, pero nunca está de más intentar compartir una buena lectura.



Textos a leer los encuentras en:

<https://cuentosimperdibles.wordpress.com/2013/04/10/certificado-de-residencia-camilo-jose-cela/>
<https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte2/cap45/default.htm>

o a continuación:

Texto 1:

“Certificado de residencia” (Camilo José Cela)

El hombre bajó trabajosamente del automóvil. Entre su pierna derecha escayolada desde el tobillo a la ingle, el embarazo de las muletas y el peso de una cartera de mano colgándole del cuello, no le resultaba fácil moverse. El chofer del taxi, solícito, le ayudó. La compasión es uno de los últimos reductos que les quedan a las buenas formas.

Renqueante, con una impericia que quedaba confirmada por la blancura del yeso recién puesto, el hombre llegó hasta el mostrador de facturación. Sujetando ambas muletas con una sola mano, ayudándose con los dientes y manteniendo un equilibrio precario, logró sacar su billete de la cartera. Se lo extendió a la azafata.

-A Málaga, señorita. No llevo equipaje.

La azafata ni siquiera levantó la mirada de la pantalla de su computadora. Le preguntó, en el tono más automático existente.

-¿Asiento de fumador o de no fumador?

-Me da lo mismo. Preferiría, si pudiera ser, uno de los de la ventanilla de emergencia.

La sonrisa le salió adecuadamente dolorosa.

-Es que llevo la pierna enyesada, ¿sabe?, y en esa fila hay más sitio. La azafata dejó, por primera vez, su rutina para mirarle bien: las muletas, el pantalón cortado a lo largo de toda la escayola y sujeto luego con unas pulcras cintas, la cara de circunstancias... Su contestación sonó como una riña, como si el pasajero estuviese invocando unos privilegios absurdos.

-Está prohibido. La fila de emergencia debe quedar libre de obstáculos: lo dice el reglamento de vuelo.

-Vaya por Dios... Bueno, deme lo que sea.

La azafata le interrumpió; no había acabado con los aspectos reglamentarios.

-Hay otra cosa. Va a tener que pagar otro billete. -¿Otro billete? ¿Y por qué?

-Por la pierna. Tendrá que ponerla de costado y necesitará que se deje libre el asiento de al lado.

-Pero, señorita, yo no tengo la culpa de habérmela roto, ¿sabe?

El gesto de severidad de la mujer se acentuó.

-Supongo que no creerá usted que es la compañera la culpable.

-No, claro que no. La culpa la tiene el que hiele por la noche, o el que me invitasen a cenar fuera justamente anteayer, que malditas las ganas que tenía. O Dios omnipresente, si lo prefiere. Pero yo tengo ya bastante castigo viajando en estas condiciones. No me venga con que, encima, hay que pagar el doble.

-Es lo que dice el reglamento.

-¡Es ridículo!

La azafata le devolvió el billete.

-No entorpezca la cola, por favor. Hay gente que espera. Vaya a la ventanilla de caja.

El hombre se las arregló para llegar hasta allí con el billete entre los dientes y rezongando. Los diez minutos de espera hasta que le llegó el turno no habían contribuido precisamente a que le mejorase el humor.

-Deme un billete de pierna para Málaga.

El cajero le miró, pasmado. -¿Cómo dice?

-No soy yo quien lo digo. Es su compañera de facturación. La del mostrador diecisiete. Como llevo la pierna escayolada, tengo que sacar otro billete.

-¡Ah, sí, claro! ¿Pagará en efectivo o con tarjeta? -En efectivo.

El hombre tecleó rápidamente. Un cajón metálico cercano escupió el nuevo billete.

-Vamos a ver..., Málaga, doce de febrero, cinco uno tres, doce quince; sí, está bien... ¡Oiga! ¿No me ha cobrado de más?

El cajero le miró con gesto de ofensa por encima de las gafas. -Por favor, caballero. Es la tarifa oficial.

El lisiado, apoyándose contra la ventanilla para no caer, señaló la cifra de su propio billete golpeándola con los dedos.

-Pues mire, mi billete vale menos. ¿Qué pasa, que las piernas son más caras que el resto del cuerpo?

El cajero examinó uno y otro documento. Luego contestó con un suspiro, como si estuviese harto de recitar la lección.

-Es por el certificado de residencia. Usted es residente y tiene rebaja, señor. -Ah, ¿y mi pierna no?

-¿Qué quiere que le diga? Son las normas: un certificado de residencia por cada billete. -Ya veo: lo dice el reglamento...

El oficinista se animó al oír la frase mágica. -Exactamente. ¿Dispone usted de un certificado de residencia de la pierna?

El viajero cerró los ojos. En su cara se leía un inmenso cansancio. -Mire usted, amigo mío, si puedo llamarle así. Yo tengo treinta y cinco años, ¿sabe? -No, no lo sabía, pero si usted lo dice...

-Le aseguro que sí, créame. Treinta y cinco años. Pues bien, durante todos esos años, mes tras mes, semana tras semana, día a día sin dejar aparte ni uno solo, mi pierna ha residido siempre conmigo. El cajero hizo un gesto de indiferencia.

-Yo no puedo hacer nada. Son las normas: un certificado de residencia por cada billete.

-¡Oiga, pedazo de animal! ¡Las normas dirán lo que quieran pero yo no puedo irme al ayuntamiento a pedir un certificado de residencia de la pierna! ¡Creerán que me he vuelto loco!

La voz del empleado, al contestar, reflejaba dignidad, enfado y desprecio, todo a la vez.

-Por favor, no me insulte: yo le he tratado educadamente. Además, no es asunto mío. Si expido un billete de tarifa reducida lo tengo que hacer como manda el reglamento.

-Bueno, hombre, si le he ofendido lo siento. No era mi intención. Mire, le diré lo que podemos hacer ¿Le serviría un certificado mío, de la pierna y el resto, todo junto? El cajero vaciló. -No sé... No es lo correcto...

-Dese cuenta: le doy más de lo que piden las normas. Un supercertificado, podríamos decir. Pierna y demás accesorios. De la escayola no habrá papeles, desde luego, pero me parece que podríamos considerarla como un vestido, o un abrigo, o algo así, ¿no es verdad?

-El reglamento deja llevar a bordo un bastón, o unas muletas; eso es cierto... La escayola debe ser algo parecido, en realidad... Mire, creo que haré la vista gorda por esta vez y le dejaré que me dé el certificado de residencia suyo, el completo. -No llevo ninguno.

La sonrisa del empleado era de total triunfo; el suficiente como para agregarle un poco de magnanimidad.

-¿Ve como no hay que ponerse nunca en plan chulo? Se lo dejaré pendiente. Tiene usted un mes para entregarlo en la oficina; allí le abonarán la diferencia. Arreglado.

-No, qué va. De arreglado nada. Quiero que me traigan una silla de ruedas. -¿Cómo dice? -Estoy impedido. No pretenderá usted que me meta en el autobús con los demás pasajeros, ¿verdad? Me tienen que poner una silla de ruedas. Lo dice el reglamento.

El viajero cruzó todo el vestíbulo del aeropuerto en silla de ruedas, con la pierna extendida hacia delante como el botolón de una nave y las muletas cruzadas sobre los reposabrazos. Se ahorró la cola del registro de seguridad -la silla de ruedas no pasaba por el arco magnético- e incluso el trámite de la sala de espera. Lo condujeron directamente hasta el avión y allí, con la ayuda de un par de mozos, logró subir las escaleras, estrechísimas, sin perder demasiado la compostura. Se le acomodó, por fin, en la parte delantera de la cabina, ocupando las dos butacas a las que tenía derecho.

-¿La pierna tiene que abrocharse también el cinturón? La azafata celebró con grandes sonrisas la gracia y le entregó una almohada. -Le irá bien para acomodarse. El hombre se calzó la espalda con la almohada y luego se echó a dormir. El resto de los pasajeros, al ir entrando, lo miraba con una mezcla de conmiseración y envidia.

El avión despegó, finalmente, con un retraso razonable. Al alcanzar la altura y la velocidad de crucero se apagaron las luces que obligaban a mantener abrochados los cinturones de seguridad y el lisiado, ya despierto, pidió que le ayudasen a incorporarse. El lavabo quedaba cerca. Una vez dentro de él, abrió la escayola a lo largo, sirviéndose de un corte disimulado, sacó de dentro de ella una bolsa de plástico con un arma corta y varios cargadores, la montó, se deshizo del resto del yeso, volvió a anudar, uno por uno, los lazos que le mantenían cerrado el pantalón y se dispuso a secuestrar el aeroplano.

Texto 2:

Capítulo XLV - El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo¹, meneo dulce de las cantimploras², Timbrio aquí³, Febo allí, tirador acá⁴, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones! A ti digo, ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre⁶!, a ti digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza⁷, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso⁸.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba «la ínsula Barataria», o ya porque el lugar se llamaba «Baratario» o ya por el barato con que se le había dado el gobierno⁹. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada¹⁰, salió el regimiento del pueblo a recibirle¹¹, tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía¹², y aun a todos los que lo sabían¹, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo:

—Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador y, así, o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que quéll eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido: —Señor, allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafioIII, 13: «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce».

—¿Y a quién llaman don Sancho Panza? —preguntó Sancho.

—A vuestra señoría —respondió el mayordomo—, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano —dijo Sancho—, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas¹⁴; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escardaré estos dones¹⁵, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras^{IV} en la mano, y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer¹⁶, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito¹⁷, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntóV: «Señor, ¿habría en esto^{VI} paño harto para hacerme una caperuza?». Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí, y él, caballero en su dañada y primera intención¹⁸, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura¹⁹, antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es todo esto así, hermano? —preguntó Sancho.

—Sí, señor —respondió el hombre—, pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana —respondió el sastre.

Y sacando encontinente la mano de bajo del herreruero²⁰ mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré^{VII} la obra a vista de veedores del oficio.

